



SARA PARETSKY

LISTA
NEGRA

UN NUEVO
CASO DE
V.I. WARSHAWSKY

Tras los atentados del 11 de septiembre, la detective V. I. Warshawski acepta un extraño encargo de uno de sus clientes más importantes: debe vigilar la antigua mansión de su madre, pues la anciana está segura de ver luces en ella.

En medio de la noche, la investigadora encuentra en los jardines de la casa el cadáver de un periodista negro. Al ver que la policía está más que dispuesta a dar carpetazo al asunto, la familia del difunto contrata los servicios de Warshawski para que les ayude a limpiar su buen nombre. La detective se irá enredando en una tela de araña hecha de lujuria, dinero mal adquirido, secretos ocultos y poder que se remonta a la época de la «caza de brujas» del senador McCarthy y las tristemente famosas listas negras.

Warshawski se dará cuenta de que hay fuerzas muy poderosas empeñadas en que la sórdida verdad no salga a la luz, y de que tendrá que poner toda su habilidad en juego sino quiere correr el riesgo de ser un eslabón más en la cadena de extorsiones y asesinatos.

Índice de contenido

Agradecimientos

1. Un paseo por el lado oscuro
2. La viuda de hierro
3. Manos en el agua
4. Una vez más en la brecha, mis queridos amigos
5. Una excursión estocástica
6. Cruce en el vecindario
7. Enferma y sin descanso
8. Estrellita, estrellita, dime dónde estás
9. Editor gélido
10. Un desierto sin huellas
11. Jardín de versos infantiles
12. El obús
13. ¿Arenas movedizas?
14. Lagunas en las noticias
15. La casa del muerto
16. Burke y Hare
17. Timmy está en el pozo
18. Cocodrilos en el foso
19. Bajo la maldición del dragón
20. La guarida de un diputado estrella
21. Rompecabezas
22. ¿Dónde están las piezas del rompecabezas?
23. El criado de la familia
24. La mujer rana
25. Escalando la cara norte
26. Las mandíbulas de una almeja gigante
27. ¿Qué tal, teniente?
28. Si necesitas un coche... ¡róbalo!

29. De vuelta en las zarzas
 30. Ejercicios de calentamiento
 31. Superheroína
 32. El cochecito de golf
 33. Leyes patrióticas
 34. ¿Qué derechos?
 35. Entre amigos, para variar
 36. Rituales nocturnos
 37. El mejor amigo
 38. Conversación entre cabezas duras
 39. Trapos sucios
 40. Vidas cruzadas
 41. La caridad comienza por uno mismo
 42. ¿El silencio es...?
 43. Rígido en la morgue
 44. Chico maravilla
 45. El hombre de hielo
 46. Un hámster en una rueda
 47. Piel de rinoceronte a prueba
 48. Ataques epilépticos
 49. Terrorista a la fuga
 50. Trabajos de amor perdidos
 51. Hablan los muertos
 52. Alguien hace el equipaje
 53. Muerte inmerecida
 54. Sueño poco natural
 55. Tiroteo en Eagle River
 56. Noticias de muerte
 57. Amores perdidos y encontrados
- Sobre la autora

*Para Geraldine Courtney Wright, artista y escritora
—Valiente, lúcida y extraordinaria—,
y una auténtica gran dama.*

*No encuentro descanso al no viajar;
Quiero beber la vida hasta las heces.*

AGRADECIMIENTOS

La doctora Sarah Neely me proporcionó valiosos consejos médicos. Jill Koniectesko hizo posible que pudiera navegar por Lexis-Nexis. Judi Phillips sabía con exactitud cómo un magnate ladrón habría construido un estanque ornamental en 1903. Jesús Mata ayudó a V. I. con su restaurante mexicano del barrio. Sandy Weiss fue una fiera en los temas tecnológicos, y la Fact Factory de Jolynn Parker ofreció como siempre resultados asombrosos. Eva Kuhn me aconsejó sobre los gustos musicales de Catherine Bayard. C-Dog senior contribuyó con su habitual ingenio en los títulos de los capítulos; éstos son, como siempre, un cariñoso recuerdo de Don Sandstrom, que los atesoraba.

Michael Flug, archivero de la Colección Vivian Harsh, fue de enorme ayuda al orientarme en la búsqueda de los documentos relativos al Proyecto Federal de Teatro Negro. Margaret Kinsman me habló de esta gran colección en el jardín de mi casa.

El doctor Robert Kirschner, gran patólogo forense, murió en el verano de 2002. Su presencia en prisiones y fosas comunes desde Nigeria hasta Bosnia, desde El Salvador hasta el South Side de Chicago, llevó un poco de justicia a las víctimas de la tortura y el genocidio, y todos lamentamos su pérdida. A pesar de la naturaleza e importancia de su trabajo, el doctor Kirschner también disfrutaba con las aventuras de V. I. En los últimos dieciséis años sacó tiempo para aconsejarme sobre las formas y los medios de asesinar a sus adversarios. Durante su enfermedad terminal, charla-

mos sobre los desgraciados finales a los que tienen que enfrentarse los personajes de *Lista negra*. Le echo de menos como consejero, como amigo y como el gran altruista que era.

Ésta es una obra de ficción. Si bien menciono como parte del trasfondo de la novela hechos históricos que sucedieron realmente, como el Proyecto Federal de Teatro, el Comité de Actividades Antiamericanas y algunas figuras del ámbito artístico en la década de 1930, como Shirley Graham, todos los personajes que tienen un papel en la historia, así como hechos tales como la destrucción de la Cuarta Enmienda, no son más que el invento de un cerebro enloquecido a fuerza de insomnio crónico. Cualquier semejanza con personas, instituciones, gobierno o legislación reales es pura coincidencia.

1

Un paseo por el lado oscuro

Las nubes que ocultaban la luna hacían que me resultara difícil orientarme. Había estado en la finca el día anterior por la mañana, pero en la oscuridad todo era distinto. No dejaba de tropezar con raíces de árboles y cascotes de ladrillo de los senderos en mal estado.

Trataba por todos los medios de no hacer ruido, por si efectivamente había alguien merodeando, pero me importaba más mi seguridad: no quería torcerme un tobillo y tener que arrastrarme por el camino hasta la carretera. En un momento determinado tropecé con un ladrillo suelto, caí sentada y fui a darme justo en la rabadilla. Me hice tanto daño que se me saltaron las lágrimas, y tuve que aspirar hondo para no lanzar un grito. Mientras me frotaba la zona dolorida, me pregunté si Geraldine Graham me habría visto caer. Puede que su vista no fuera tan buena, pero sus prismáticos disponían de estabilizadores de imagen así como de lentes para visión nocturna.

La fatiga me impedía concentrarme. Era medianoche, no muy tarde para lo que es habitual en mí, pero llevaba unos días durmiendo mal; estaba inquieta y me sentía sola.

A raíz de lo del World Trade Center yo estaba tan desconcertada y sobrecogida como los demás en Estados Unidos. Al cabo de un tiempo, cuando los talibanes se vieron obligados a esconderse y todo apuntaba a que lo del ántrax era obra de un maníaco del país, daba la impresión de que la mayoría de la gente se había envuelto en el rojo-blanco-y-azul de la bandera americana y regresado a la nor-

malidad. Sin embargo, a mí me resultaba imposible hacer otro tanto mientras Morrell siguiera en Afganistán, por más que él disfrutara durmiendo en cuevas mientras seguía la pista a los milicianos convertidos en diplomáticos y vueltos a convertir en milicianos.

Cuando el equipo médico de Medicina Humanitaria fue a Kabul en el verano de 2001, Morrell, que tenía un contrato para escribir un libro sobre la vida cotidiana bajo el régimen talibán, se unió a aquél. «He sobrevivido a cosas peores», decía cuando mostraba mi preocupación por que pudiera enemistarse con el famoso departamento talibán para la Prevención del Vicio.

Eso fue antes del 11 de septiembre. Después, Morrell desapareció durante diez días. Entonces dejé de dormir, a pesar de que un miembro de Medicina Humanitaria me llamó desde Peshawar para decirme que, sencillamente, Morrell estaba en una zona sin conexión telefónica. La mayor parte del equipo huyó a Pakistán justo después del ataque al World Trade Center, pero Morrell había arreglado un viaje con un viejo amigo que se dirigía a Uzbekistán con el fin de hacer un reportaje sobre los refugiados que escapaban hacia el norte. «Una oportunidad única en la vida», me contó la persona que me llamó que había dicho Morrell; que era lo mismo que en su momento dijo sobre Kosovo. Tal vez aquella era la oportunidad de una vida distinta.

Cuando en octubre empezamos con los bombardeos, primero Morrell se quedó en Afganistán para cubrir la guerra de cerca y en persona, y después para hacer un seguimiento del gobierno de coalición. *Margent.online*, la versión digital de la vieja revista mensual *Margent*, de Filadelfia, le pagaba por unos reportajes de guerra que él iba guardando con el propósito de reunirlos en un libro. *The Guardian* también le compraba sus historias de vez en cuando. E incluso yo llegué a verlo unas cuantas veces en la CNN. Qué extraño resulta contemplar el rostro de la persona amada transmitiendo a veinte mil kilómetros de distan-

cia, tan extraño como saber que cien millones de personas escuchan la misma voz que te susurra palabras de amor al oído. O más bien que *susurraba* palabras de amor.

Cuando reapareció en Kandahar, primero sollocé de alivio, luego le grité a través de los satélites. «Pero, querida —se defendió—, estoy en una zona de guerra, en un lugar sin electricidad ni antenas para móviles. ¿No te llamó Rudy desde Peshawar?».

En los meses que siguieron no paró de ir de un sitio a otro, de modo que en realidad yo nunca sabía dónde se encontraba. Pero al menos se ponía en contacto conmigo más a menudo, sobre todo cuando necesitaba ayuda: «V. I., ¿podrías averiguar por qué han aislado a Ahmed Hazziz en la prisión de Coolis?», «V. I., ¿podrías investigar si el FBI ha comunicado a la familia de Hazziz adónde lo llevaban?», «Me voy corriendo a una importante entrevista con el primogénito de la tercera esposa del jefe de la región. Luego te pongo al corriente».

Me molestaba un poco que se me considerase un centro gratuito de investigación. Nunca creí que Morrell fuese un adicto a la adrenalina —como esos periodistas que necesitan estar en medio del desastre—, pero aun así le envié un seco correo electrónico en el que le preguntaba qué era lo que trataba de demostrar.

«Más de una docena de periodistas occidentales han sido asesinados desde que comenzó la guerra», escribí yo en una ocasión. «Cada vez que enciendo el televisor, debo prepararme para lo peor».

Su respuesta electrónica llegó en cuestión de minutos.

«Victoria, mi amada detective, si volviera a casa mañana, ¿prometerías solemnemente retirarte de cualquier investigación que yo considerase peligrosa?».

Un mensaje que me enfureció aún más porque sabía que tenía razón. Era injusta y estaba manipulándolo. Sin embargo, necesitaba verlo, tocarlo, oírlo... en persona, no desde el ciberespacio.

Entonces me dio por correr hasta la extenuación. Desde luego, agotaba a los dos perros que comparto con mi vecino del piso de abajo, y terminaron por esconderse en el dormitorio del señor Contreras cada vez que me veían llegar en chándal.

A pesar de las largas carreras —siete kilómetros casi todos los días, en lugar de los habituales tres o cuatro— no lograba cansarme lo suficiente como para dormir. Perdí cinco kilos en los seis meses que siguieron a lo del World Trade Center. Mi vecino de abajo no dejaba de preocuparse, así que el señor Contreras empezó a prepararme tostadas francesas con beicon cuando regresaba de correr, y finalmente me convenció para que fuera a ver a Lotty Herschel y me hiciera un reconocimiento completo. Lotty dijo que me encontraba bien físicamente, pero que, como tantos otros, sufría de agotamiento espiritual.

Se llamara como se llamase, lo cierto es que en aquellos días no estaba en lo que tenía que estar. Mi especialidad son los delitos financieros e industriales. Antes caminaba mucho: iba a edificios gubernamentales a consultar archivos, vigilaba personalmente, etcétera. Pero en la era de Internet, uno se mueve entre páginas web. Hay que tener capacidad de concentración para pasar horas delante de un ordenador, y por entonces eso era algo de lo que yo carecía.

Por esa razón andaba yo por los alrededores de Larchmont Hall en la oscuridad. Cuando mi cliente más importante me encargó que averiguara si algún intruso se colaba allí por la noche, me sentía tan ávida de hacer cualquier actividad física que hasta habría limpiado los vetustos bancos de piedra que rodeaban el estanque ornamental de la casa.

Darraugh Graham llevaba conmigo casi desde el día en que abrí la agencia. Tres de las personas que trabajaban en la oficina neoyorquina de su compañía, Continental United, murieron en el desastre del World Trade Center. Fue un duro golpe para Darraugh, pero se mostró reservado y come-

dido en su aflicción, una actitud más conmovedora que las muchas tonterías que nos tocó oír durante aquellos días. No se obsesionó con las muertes ni con las consecuencias, sino que me llevó a su sala de conferencias, donde desenrolló un mapa detallado de los barrios residenciales del oeste.

—Te he hecho venir por razones personales, no por negocios. —Con un golpe seco, colocó el dedo índice sobre un manchón verde al noroeste de Naperville, en la zona independiente de New Solway—. Todo esto es propiedad particular. Grandes mansiones que pertenecen a viejas familias de la zona, ya sabes, los Ebbersley, Felitti, etcétera. Hasta ahora han conseguido mantener el terreno intacto, como si fuera una reserva forestal privada. Esta franja marrón corresponde a los diez acres que Taverner vendió a un promotor inmobiliario en el 72. Por entonces hubo un escándalo, pero él estaba en su derecho. Tuvo que pagar costas judiciales, creo.

Seguí el largo dedo índice de Darraugh mientras recorría la banda marrón que cortaba el verde como una zanahoria.

—Hacia el este se encuentra el campo de golf. Al sur, el complejo donde vive mi madre. —En las mejores circunstancias, Darraugh es un hombre frío y distante. Resulta difícil figurárselo en situaciones normales, como naciendo, por ejemplo—. Mi madre tiene noventa y un años. Se las arregla sola, con un poco de ayuda y, de todas formas, no quiero... ella no quiere vivir conmigo. Vive en Anodyne Park, una urbanización de la zona. Allí hay casas residenciales, apartamentos, un pequeño centro comercial, una clínica privada, por si necesita asistencia médica. A ella parece gustarle. Es muy sociable, como mi hijo. En mi familia la sociabilidad se salta generaciones. —Esbozó una sombría y breve sonrisa—. Anodyne Park, un nombre ridículo para una urbanización, ofensivo cuando piensas en el ala para enfermos de Alzheimer de la clínica privada... Mi madre di-

ce que la palabra significa algo así como «calmante» o «curativo».

»El bloque en el que vive ella da a los terrenos de Larchmont Hall. Es una de las grandes mansiones, una finca enorme. Lleva un año deshabitada; la familia Drummond fueron los primeros propietarios. Los herederos vendieron el lugar hace tres años, pero los nuevos compradores se arruinaron. Felitti habló de comprarla con el fin de mantener alejados de la zona a otros promotores, pero de momento no lo ha conseguido.

Darraugh se detuvo. Esperé a que fuera al grano, algo que nunca lo ha asustado, pero una vez transcurrido un minuto dije:

—¿Quieres que busque a un plutócrata para que compre el lugar de manera que no se divida entre los que son ricos sin más?

Hizo una mueca.

—No te he llamado para una ridiculez semejante. Mi madre cree ver gente que entra y sale del lugar por la noche.

—¿No quiere llamar a la policía?

—La policía ha ido un par de veces pero no ha encontrado a nadie. El agente que cuida el lugar para la compañía que vende la casa tiene montado un sistema de seguridad y no ha sido forzado.

—¿Algún vecino ha visto algo?

—Una característica del lugar, Vic, es que los vecinos no se ven los unos a los otros. Aquí están las casas, y todo esto son árboles, jardines, etcétera, de cientos de años de antigüedad. Naturalmente puedes hablar con los vecinos. —Volvió a aplastar su dedo contra el mapa mostrándome las distancias, pero su tono era inseguro, algo inusual en él.

—¿Qué interés tienes en esto, Darraugh? ¿Acaso piensas comprar tú todo el lugar?

—Dios santo, no.

No dijo nada más, sino que se dirigió hacia las ventanas para contemplar las obras de Wacker Drive. Lo miré perpleja. Ni siquiera años atrás, cuando me pidió que ayudara a su hijo en un asunto de drogas, danzaba por el cuarto de aquella manera.

—Mi madre siempre se ha regido por sus propias leyes —murmuró a la ventana—. Es cierto que la justicia presta más atención a la gente de su... de nuestro entorno que a la gente como... bueno, que a los demás. Pero ella afirma que la policía no la está tomando en serio. Desde luego puede que se lo esté imaginando, a fin de cuentas tiene más de noventa años, pero ha empezado a llamarme todos los días para quejarse de la falta de atención policial.

—Miraré a ver si puedo descubrir algo que a la policía se le esté pasando por alto —dije con amabilidad.

Relajó los hombros y se volvió hacia mí.

—Tus honorarios son los de siempre, Vic. Arregla con Caroline el tema del contrato. Ella también te dará los datos de mi madre.

Me llevó hasta donde estaba su asistente personal, que le dijo que su conferencia con Kuala Lumpur lo esperaba.

Hablamos un viernes por la tarde, un desapacible 1 de marzo. El sábado por la mañana hice la primera de las que serían muchas y largas excursiones a New Solway. Antes de salir para allá en coche, pasé por mi oficina a recoger los mapas oficiales de la zona residencial del oeste. Miré el ordenador y a continuación le di resueltamente la espalda: había entrado en el sistema tres veces desde las diez de la noche anterior y no había recibido ni una palabra de Morrell. Me sentía como un alcohólico con la botella al alcance de la mano, pero cerré el despacho sin abrir el correo electrónico y empecé los treinta kilómetros de trayecto hasta la tierra de los ricos y poderosos.

La carretera del oeste siempre me ha hecho sentir como si siguiera la pendiente que conduce al cielo, por lo menos al cielo capitalista. Comienza junto al humeante corredor

industrial de Chicago, pasa por barrios obreros semejantes a aquel en el que yo me crié: casas diminutas en donde viven mujeres que parecen ancianas a los cuarenta, y hombres que comen y trabajan hasta el infarto prematuro. A continuación se llega a las zonas más deprimidas de las afueras de la ciudad: Cicero, Berwyn, lugares donde todavía muy bien pueden darte una paliza por un dólar. Luego el aire comienza a aclararse y surge la opulencia. Para cuando llegué a New Solway, prácticamente me deslizaba sobre títulos de acciones.

Después del peaje me detuve para examinar los mapas. Coverdale Lane era la carretera principal que serpenteaba a lo largo de New Solway. Empezaba en la esquina noroeste del municipio y trazaba una suerte de gigantesco cuarto de círculo que se abría en Dirksen Road al sureste. Desde Dirksen se podía ir al sur, hasta Powell Road, que separaba New Solway de Anodyne Park, donde vivía Geraldine Graham. Seguí la carretera hacia la entrada noroeste, pues era la que se veía como principal en el mapa.

No había recorrido más de cincuenta metros por Coverdale Lane cuando comprendí lo que me había dicho Darragh: allí los vecinos no podían espiarse entre ellos. Los caballos pastaban en el terreno, los manzanos aún tenían algunas piezas secas del último otoño. Como los árboles estaban pelados, podían verse algunas mansiones desde el camino, pero la mayoría se encontraban muy alejadas de las imponentes calzadas. Los menos acomodados podían ver sus respectivos caminos desde las ventanas laterales, pero la mayor parte de las casas se levantaban sobre propiedades enormes, de unos diez o doce acres aproximadamente. Y casi todas eran antiguas. Allí no había dinero nuevo. Nada de mansiones desmesuradas alardeando de 2.700 metros cuadrados en pequeñas parcelas.

Después de unos dos kilómetros y medio en dirección sur, Coverdale Lane torcía bruscamente hacia el este. Seguí adelante hasta encontrar, casi al final de la carretera, un dis-